

Gaceta Médica de México

Periódico de la Academia Nacional de Medicina.

TOMO III.

MEXICO, 15 DE NOVIEMBRE DE 1903.

2.a SERIE.—NUM. 22.

ACADEMIA N. DE MEDICINA.

MEDIDAS QUE DEBEN ADOPTARSE
PARA DISMINUIR

El número de fallecimientos EN LOS CINCO PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA.

Trabajo presentado ante la H. Academia de Medicina, para el concurso convocado por ella en el año económico de 1901-1902, por el Dr. Manuel S. Iglesias.

Mayor Médico-Cirujano del ejército, Delegado del Consejo N. de Salubridad, Profesor de Química en la Escuela Naval Militar y Socio Correspondiente de la Academia N. de Medicina.

Preocupada nuestra Academia Nacional de Medicina, con obtener la resolución de asuntos de interés general, que redunden en beneficio de nuestras masas sociales, y por ende de nuestra entidad moral como Nación civilizada, para que por su desarrollo y vigor físico, moral é intelectual, figure al nivel de las naciones de primer orden, y deseando contribuir en la esfera de sus facultades á alcanzar este fin, ha propuesto para el torneo ó concurso científico del presente año, dos cuestiones que afectan de una manera directa é importante á las fuerzas vivas de la nacionalidad, á su crecimiento y desarrollo por el número de sus habitantes, obteniendo de este modo el aumento de su población.

No nos encontramos por fortuna, al menos por ahora, en el caso de la Francia, que soñando constantemente con la tan deseada revancha, ve con dolor que mientras su vecina aumenta su población, ella la disminuye ó al menos no la acrecienta en las mismas

proporciones, y esta diferencia la traduce en soldados para el porvenir; pero si nosotros no tenemos agravios que vengar, porque nos ha entrado la conformidad del débil junto al fuerte y poderoso, si nos encontramos en el imprescindible deber, de procurar el incremento del elemento nacional, para oponer un dique á la expansión anglosajona, á la conquista pacífica que ahogará nuestra nacionalidad, aplastándola por la superioridad numérica; así como para que llegado el caso, podamos traducir como los franceses en soldados nuestro mejoramiento social.

Dos son los medios con que cuenta el médico higienista para alcanzar este fin: I.—Fomentar y proteger la natalidad, evitando hasta donde sea posible los abortos, nacimientos prematuros y la mortalidad en el momento de verificarse el alumbramiento. II.—Disminuir la mortalidad después del nacimiento, á fin de alargar la existencia de la vida humana.

El primer asunto es una de las cuestiones propuestas en concurso, á que hemos aludido. El segundo es tan vasto, tan extenso, que abarca casi la total extensión de las ciencias médicas, por lo cual nuestra I. Academia ha limitado la cuestión á un corto período de la vida, preocupada por el alto contingente que dicho período da á la mortalidad general de la población, proponiendo, en consecuencia, la resolución del siguiente tema: "Medidas que deben adoptarse para disminuir el número de fallecimientos en los primeros cinco años de la vida."

Cuestión es esta de grandísima importancia, porque al reducir los fallecimientos en dicho período de la vida, al menor número posible, no sólo se obra sobre la masa total de la población aumentando el número de los individuos que la forman, lo que es ya un factor digno de tenerse en cuenta, sino que se prepara para el porvenir un contingente numeroso, de elementos sanos, jóvenes y de progreso, que mejorarán y aumen-

tarán las condiciones de la vitalidad nacional.

Comprendiendo lo noble de la idea, lo grandioso del pensamiento, no hemos vacilado en poner manos á tan importante tarea, más que con la ambición de adquirir el honroso título de laureado por la Academia de Medicina, con el deseo de coadyuvar en la medida de nuestras fuerzas al fin deseado.

Es un hecho incontestable, más que por los datos numéricos de nuestra estadística, por el fruto de la observación cotidiana al alcance del observador más desinteresado, que el mayor número de las enfermedades que causan las defunciones en los primeros años de la vida, son evitables porque ellas son el resultado final de una secuela de accidentes, de una cadena de acontecimientos, cuyos primeros eslabones son la miseria, la incuria y la ignorancia de las masas populares ó sociales, accidentes ó acontecimientos, factores todos, que está en el poder humano evitar que sobrevengan.

Formar el resumen de la mortalidad infantil en toda la República para poner de relieve la enorme cifra de futuros ciudadanos, que año por año pierde la nación, fué nuestro primer impulso al acometer esta tarea, pues ella nos serviría de sólido fundamento en que podríamos apoyar los medios que aconsejamos para evitarla, y por sí solo sería poderoso estímulo tanto para las autoridades como para los particulares, á fin de que todos y cada uno, en la esfera de sus atribuciones, pusieran todos los elementos de que puedan disponer para aminorar hasta donde es posible dicha mortalidad. Desgraciadamente son tan numerosos los municipios que existen en la República, que sólo el acumulo de datos para hacer este resumen, demanda: una gran benevolencia por parte de las autoridades de ellos, para proporcionar dichos datos, que no todos tienen un esfuerzo de trabajo material, y un lapso de tiempo para acometerlo, con el que no podemos contar, no obstante el plazo concedido por la Academia, para la presentación de las materias que han de entrar al concurso. Entonces redujimos nuestras aspiraciones á las capitales y poblaciones de más importancia de los estados, pero tropezamos con la dificultad, de que las clasificaciones de la mortalidad adoptadas en cada una de ellas, son tan disímolas unas de otras, tan distintas entre sí, que nos fué absolutamente imposible dar uniformidad á nuestro estudio, por lo cual nos vimos precisados á

prescindir de nuestro intento; pero si las estadísticas que hemos tenido á la vista, no nos han permitido valorar de una manera uniforme en números la mortalidad infantil, si nos han servido para conocer las causas de ella, que son en lo general las mismas, que su frecuencia es semejante, por lo que tomando como tipo lo que acontece en la capital de la República, hemos podido generalizar á toda ella nuestras consideraciones, constándonos además de vista que lo que pasa en la capital, sucede con toda diferencia en el resto de la República, lo que hemos podido apreciar en diferentes poblaciones, por razón del puesto ocupado durante nuestra vida de médico.

Ultimamente se han apresurado los Gobiernos de todos los estados á aceptar las indicaciones del Consejo Superior de Salubridad, adoptando para la clasificación de las defunciones el sistema Bertillon, por lo que es de esperar que en lo sucesivo, los trabajos que en este sentido se emprendan, se apoyarán en datos uniformes, y las conclusiones que de ellos se deduzcan estarán mejor fundadas. Cúlpese, pues, de esta deficiencia en nuestro trabajo, á las causas indicadas, y no á nuestra voluntad, que la hemos tenido muy grande, para darle á este estudio la mayor extensión posible.

Concretándonos á resolver la cuestión conforme ha sido enunciada, no nos creemos en el deber de hacer un estudio detenido de las causas de la mortalidad infantil, puesto que no se trata de averiguar á qué causas se debe esta mortalidad, sino las medidas que se deben adoptar para disminuirla; hacer un estudio detenido de dichas causas, basado en la estadística, además de salirnos fuera del cuadro trazado por la cuestión propuesta, sería cansado y fastidioso, defectos que podrían tolerarse y aun admitirse, si no fueran inútiles, toda vez que dichas causas de mortalidad, no las ignora ninguna persona relacionada con estos asuntos, y mucho menos aquellas que están llamadas á dictaminar sobre esta memoria; pero si tenemos que hacer al menos un resumen de dichas causas, pues si no las tenemos presentes, corremos el peligro de que nuestra exposición sea considerada sin apoyo ni fundamento de ninguna clase.

El análisis de los cuadros estadísticos que hemos tenido á la vista, nos indica con muy ligeras variantes, que de una manera general la mortalidad infantil es causa en

orden de su mayor frecuencia por las enfermedades:

I.—Del aparato digestivo.

II.—Del aparato respiratorio.

III.—Generales.

IV.—Del sistema nervioso.

V.—Propias de la 1.ª infancia.

que son las que dan un contingente numerosísimo, cifrándose anualmente por millares las dos primeras, y por centenares próximos al millar, las tres subsecuentes, en poblaciones de la importancia numérica de habitantes como la capital de la República, y guardando la proporcionalidad correspondiente en las demás poblaciones, según el número de habitantes con que cuentan.

El resto de las demás enfermedades: del aparato circulatorio, del génito-urinario, de la piel y tejido celular, de los órganos de la locomoción, consecutivas á vicios de conformación, á causas exteriores ó mal definidas, se enumeran por decenas ó unidades en todo el año, teniendo, por consiguiente, muy escasa importancia.

Considerando cada grupo de las enfermedades enunciadas, en los tres períodos en que se ha convenido dividir la vida infantil: del nacimiento hasta un año, de uno á dos años y de dos á cinco años vemos que la mortalidad es muy elevada en el primer período, notablemente inferior en el segundo, si se le compara con el precedente, y todavía más baja en el tercero; lo que está en consonancia con las energías vitales del individuo, que mientras más pequeño es, más débil, más frágil, más endeble es su constitución, y por consiguiente más susceptible de contraer enfermedades.

Si hechamos una rápida ojeada sobre las enfermedades de cada uno de estos grupos, encontraremos que las que constituyen casi la mortalidad total de las afecciones del aparato digestivo, porque predominan de una manera notable sobre todas las demás del grupo, son la diarrea infantil y la atropesía consecutivas á las gastro-entero-colitis, y en menor escala la disentería y los parásitos intestinales. Si analizamos el origen de estas afecciones, veremos que en una gran mayoría de casos son debidas á vicios y defectos en la alimentación del niño: se le dá de comer á toda hora y en todo momento, muchas ocasiones para acallar su llanto, atribuyéndolo á hambre, cuando puede ser causado por multitud de motivos diferentes, y en no pocas veces, á plenitud del estómago y dificultades de la digestión; se le admi-

nistran en épocas prematuras, á título de ayudar la alimentación materna, y con la idea de darle fuerza y vigor, atoles y papillas hechas con materias feculentas, que el niño no puede digerir porque sus órganos aún no se han desarrollado, ni están dispuestos para digerirlas y que, por consiguiente, van á hacer el papel de cuerpos extraños en el tubo digestivo, provocando con su presencia su irritación é inflamación; se pretende substituir la leche materna con la de otros animales, vaca, cabra, burra, y para ello no se toman precauciones de ninguna especie, pues aparte de las adulteraciones empleadas por los vendedores con un fin lucrativo, es bien sabido las alteraciones que sufre al exponerse al contacto del aire, por ser un líquido fermentescible y putrescible eminentemente apropiado para toda clase de cultivos microbianos, y nadie ignora la falta de cuidados que se tienen con este alimento, en el seno de las familias: si la leche materna no sufre ninguna de estas alteraciones, es porque se encuentra privada del contacto del aire, puesto que pasa directamente de la glándula al tubo digestivo; se hace injungitar al niño, con objeto alimenticio ó medicamentoso, una serie de pociones y tisanas preparadas con las sustancias vegetales más disímbolas, muchas de las cuales abandonan en ellas principios activos más ó menos enérgicos; se le permite ó tolera que después destete una amplia libertad para tomar toda clase de sustancias alimenticias, sin orden ni método de ninguna clase, y aún desde la más tierna edad se le incita y obliga á tomar bebidas alcohólicas.

En las del aparato respiratorio sobresalen por su frecuencia, también de una manera notable, las afecciones de los bronquios y parenquima pulmonar, tales como las bronquitis en toda su extensión, las bronco-neumonías y neumonías, y en menor escala las laringitis y pleuresias; lo que no nos debe extrañar, pues los niños están expuestos á los enfriamientos consecutivos á cambios de temperatura más ó menos bruscos, sea por las perturbaciones atmosféricas, sea por la falta de cuidado que con ellos se tiene, por el abandono en que se les deja vivir con exiguos y escasos abrigos sobre sus cuerpos, que puedan resguardarlos de dichos cambios.

Las enfermedades generales que dan mayor contingente á la mortalidad, son desde luego las fiebres, y entre ellas, en proporción

muy notable, las eruptivas, principalmente la viruela; las afecciones tuberculosas, descollando las del pulmón y meninges, y la sífilis.

Entre las enfermedades del sistema nervioso, son de notar por su frecuencia las encefalitis, las meningitis y las convulsiones, debidas casi en su totalidad á la eclampsia.

Por último, todas las que constituyen el grupo de la 1ra. infancia, contribuyen en proporciones aproximadamente iguales, á formar el total de la mortalidad por esta causa.

* * *

Ahora bien, aceptando, como debemos aceptar que todas las enfermedades tienen un agente generador específico de cada una de ellas, que en unas se conoce y está bien estudiado y en otras tan sólo se sospecha; ¿cuáles son las causas adyuvantes, predisponentes ó determinantes, que favorecen la eclosión de estas enfermedades?

De una manera general y concisa, englobando en una sola aserción, podemos contestar: todas aquellas que privan al individuo de los medios de defensa, que la naturaleza pródiga le proporciona contra los diversos agentes patógenos que constantemente le asedian y asechan: sea fuera de su mismo organismo, sea en su interior, y en este caso se deben considerar todas las causas que directa ó indirectamente debilitan al organismo, privándolo ó disminuyendo la energía y fortaleza vital, para resistir con ventaja á la acción de los micro-organismo exteriores, ó permitiendo el paso del estado de saprofitismo al de virulencia, á los que ordinariamente lleva en la intimidad de sus tejidos y órganos. De una manera particular: I. Los locales donde habitan. II. La falta ó escasez de abrigo y vestidos. III. Las condiciones viciosas y el desorden en la alimentación. IV. Los vicios y enfermedades de los padres.

I. Los locales escogidos para habitación, están muy lejos de llenar las condiciones que se requieren para el uso á que se destinan.

Nuestra clase pobre, que forma la inmensa mayoría de nuestra población, que la constituyen los obreros, los artesanos y los jornaleros, viven por lo general en un cuarto redondo, cuyas puertas y ventanas no se han orientado debidamente, teniendo presente la latitud, la altura y la situación topográfica del lugar ó ciudad donde radican;

en los que la luz solar y el aire, estos dos agentes poderosos de desinfección, penetran en exiguas cantidades, y el segundo se renueva con dificultad; si dicho cuarto está en el piso inferior de la finca, hay siempre exceso de humedad, dadas las condiciones del piso con se le dota, y las del suelo y subsuelo donde se han ubicado nuestras ciudades; dicho cuarto presenta un cubillage insuficiente para el número de personas que lo habitan; en su interior ó junto á la puerta de entrada, está el fogón ú hornilla destinado á la condimentación de los alimentos, ó á la preparación de los útiles que se emplean en las pequeñas industrias, de que viven muchos de sus habitantes, por consiguiente, la atmósfera del cuarto, insuficiente de por sí, se vicia de una manera notable, sea por la formación del anhidrido carbónico y óxido de carbono, resultado de la combustión del carbón que se consume en la hornilla, sea por el desprendimiento de productos de neoformación procedentes del contenido de las vasijas que en ellos se colocan; en estos cuartos se aglomeran para dormir, es decir, para pasar casi la mitad de la existencia, todas las personas que constituyen la familia, que por lo general como dejo dicho, son demasiado numerosas para el cubillage de aire respirable que ofrece el cuarto, y por añadidura también duermen en él, en una promiscuidad repugnante toda clase de animales domésticos, conservándose durante la noche las deyecciones naturales no sólo de los animales, sino también de las personas, lo que contribuye á viciar de una manera atroz la atmósfera, al grado que la persona que por la mañana temprano se atreve, á entrar á uno de estos cuartos, se ve rechazada por la horrible fetidez que de ellos se desprende, y que provoca la nausea y el horror. á notable escasez de agua de que adolecen la mayoría de nuestras poblaciones, hace que la poquísima con que se puede contar cada habitante, apenas es la suficiente para no morir de sed, faltándole por consiguiente, la necesaria para lavarse y bañarse con la frecuencia necesaria, á fin de tener la piel siempre limpia, cosa por demás importante, pues demasiado sabido es el papel que juega la piel en los fenómenos de la respiración.

Nuestra clase media, la burocracia, formada por los empleados del comercio, de la industria y del gobierno, por la mayoría de los profesionales, vive en habitaciones constituidas por varias piezas, y si bien es cierto que no ofrecen las pésimas condiciones des-

critas en el párrafo que precede, no por eso se crea que son un modelo de habitaciones higiénicas, pues además de ser insuficientes para el número de personas que alojan, por lo general el aire se renueva con dificultad y la luz no penetra con la libertad necesaria, á causa de las exigencias que la moda torpe y ridícula y las costumbres sociales imponen, dotando las puertas y ventanas, con cortinas interiores, visillos, transparentes, persianas y cortinas para el sol.

Por último, nuestra clase acomodada, los favorecidos por la fortuna, aquellos que por su dinero pueden proporcionarse casa propia, la adquieren con todas las comodidades y lujo inherentes á ellos, y aunque ostensiblemente con buenas condiciones higiénicas, éstas son muy deficientes, puesto que no orientan debidamente las piezas de la finca ni las puertas y ventanas que les han de dar luz y ventilación, dotándolas de toda esa indumentaria de que acabamos de hablar, lo que las conserva en una penumbra, en una semi-obscuridad, sin que se renueve el aire, donde toda clase de gérmenes pueden prosperar con toda facilidad, toda vez que los dos poderosos agentes de destrucción, sus enemigos naturales, no pueden llegar hasta ellos, natural es que los seres que nacen y viven los primeros años de su existencia en estos locales, estén muy propensos á enfermarse, puesto que un tenor pueril de los padres, hace el miedo de exponer á sus hijos á contraer alguna enfermedad, por sacarlos fuera de la pieza que habitan, haga que no solo los confinen en ella, sino que evitan la renovación del aire y el libre acceso de la luz, en habitaciones de por sí oscuras y mal ventiladas.

Resumiendo este capítulo, podemos decir, que desde el mas rico hasta el más pobre, unos por ignorancia otros por la falta de recursos, más bien dicho por la miseria en que se ven obligados á vivir, y los más por ambas cosas á la vez, hacen todo lo posible por favorecer el desarrollo de las enfermedades en sus tiernos hijos, exponiéndolos á una muerte segura, lejos de obrar como debían, de manera enteramente contraria, proporcionándoles habitaciones adecuadas, donde prosperen y florezcan con todo su vigor, ayudando á la exuberante y próspera naturaleza con que vienen dotados al nacer por lo general, pudiéndoseles poner como una prueba tangible del error en que están al criar así á sus hijos, lo que pasa con dos plantas absolutamente iguales, que ofrez-

can las mismas condiciones, pero colocada una de ellas en una de estas piezas, y la otra en el corredor ó patio de la casa, y se verá que mientras la primera crece marchita, débil y enclenque, la segunda lo hace con todo el vigor de que puede disponer, frondosa, rozagante y con una exuberancia grandiosa.

II. Allá en los tiempos prehistóricos, cuando el hombre no se diferenciaba del resto de los animales, cuando se encontraba en el estado primitivo, natura cubría su cuerpo con una cantidad de pelo más ó menos abundante, á semejanza de los demás animales, entre cuyas mallas se mantenía una capa de aire, que conservando una temperatura uniforme, le servía de colchón protector, de abrigo natural contra las inclemencias del tiempo. A medida que el hombre se fué civilizando y criando nuevas necesidades, su manera de ser enteramente primitiva, se fué adaptando al nuevo medio en que se iba colocando, por cuya circunstancia en los tiempos modernos, que cuenta con telas para defenderse de las inclemencias de los agentes exteriores, ha desaparecido de la superficie de su cuerpo, aquel pelo abundante con que la naturaleza le dotó, quedándole tan solo como restos tradicionales de épocas pasadas: cuando feto en el vientre materno, y niño al nacer, el lanugo de duración efímera y tan fino y escaso que no puede servirle de abrigo natural, cuando adulto un vello fino, sedoso, escaso, limitado á determinadas regiones del cuerpo, que da su contingente á la belleza de la especie, pero que no le presta ningún fin utilitario. Desgraciadamente la substitución artificial por los vestidos, no es ni completa ni adecuada; nos basta dirigir nuestra mirada hacia cualquier lado y observar lo que vemos para convencernos de esta triste realidad. Por un lado nos encontramos á los hijos de los pobres, casi desnudos, dotados apenas con una camisita y cuando mucho unos calzoncitos ó enaguítas, pululando por calles, plazuelas y patios de vecindad, cualquiera que sea el clima y la temperatura del medio exterior, lo mismo en los climas cálidos de las costas, que en los fríos de las altiplanicies, expuestos de igual manera á los rayos de un sol abrazador, que á las rachas de un viento helado ó la húmeda frialdad de las lluvias, sufriendo sin defensa de ninguna clase las transiciones bruscas de la temperatura y las perturbaciones atmosféricas. A medida que ascendemos en la escala social, vemos á los niños dotados con mayor número de vesti-

dos, pero para su confección se escoge por lo general los géneros de algodón ó de lino, que siendo buenos conductores del calor, favorecen su irradiación y desprendimiento del cuerpo humano, ó por el contrario, su acceso á él, según las condiciones respectivas del individuo y del medio exterior, en lugar de usar la lana que siendo mala conductora del referido agente, conserva siempre en todo tiempo y cualquiera que sea el estado del medio ambiente, una temperatura uniforme en el individuo, evitándole: ya los enfriamientos por sustracción de calor, y las enfermedades que de ello pueden sobrevenir; ya las afecciones que por acumulo progresivo y constante del calor exterior pueden desarrollarse.

Por otra parte, en la clase pobre hay un exceso de desnudo, por el que los niños andan casi desnudos, en las clases acomodadas hay un exceso de cuidado, dotándolos con vestidos superfluos é inútiles, que los mantienen en una especie de atmósfera de temperatura más elevada que la exterior, y que los expone á enfriamientos rápidos y de consecuencias, si por accidente se descubren parte ó todo de su cuerpo sin las precauciones debidas en los padres, pero que no pueden tener los niños en la inexperiencia propia de su edad.

III. Si tratándose de las habitaciones y los vestidos, hemos encontrado grandes deficiencias y errores, mayores los vamos á encontrar tratándose de los alimentos.

Estamos muy lejos de encontrarnos respecto de la alimentación de los recién-nacidos, en las condiciones desastrosas del pueblo francés, condiciones que apenas puede remediar en muy pequeña parte la ley Roussel; pues por fortuna entre nosotros, la mayoría de las madres crían á sus propios hijos, y las que no lo hacen, es comunmente por la falta de desarrollo é insignificancia de las glándulas mamarias. Abrigamos la halagüeña creencia, por lo que respecta á las clases cultas é ilustradas de nuestra sociedad, y las que disfrutan de cierto bienestar social, que serán muy contadas las madres, que priven á sus hijos del jugo vital con que la naturaleza les dotó en abundancia para criarlos, á causa de las exigencias sociales; por no descomponerse ni marchitarse prematuramente y demás razones que hacen á las madres francesas, entregar sus tiernos hijos á nodrizas mercenarias, quienes con el pretexto de procurar su mejor desarrollo

se los llevan al campo, lejos de la vigilancia y cuidados maternos.

Por desgracia no podemos decir lo mismo de nuestras clases trabajadoras, aunque sus procedimientos no obedecen á las mismas causas, de aquellas madres que se ven obligadas á trabajar en los talleres y fábricas, ó como sirvientas en casas particulares, y que por la necesidad imprescindible en que se ven de arbitrase recursos, para subvenir á sus necesidades personales, están precisadas á abandonar á sus hijos y privarlos del natural alimento, durante las horas del día que dedican al trabajo.

Ocioso nos parece aquí repetir los errores, preocupaciones y deficiencias que presiden á la dirección de función tan importante, para el desarrollo y crecimiento del nuevo ser, como es la alimentación, y de las que nos ocupamos páginas atrás, al tratar de la mortalidad infantil por las enfermedades del aparato digestivo.

Es de lamentar que en esta materia como en tantas otras se desatiendan los consejos de los hombres de ciencia, y en un asunto de tan vital importancia, se proceda con un empirismo de fatales resultados. Haciendo abstracción de aquellos casos en que por la nula calidad de la leche, ó por las enfermedades que padece la madre ó la nodriza, y que por consiguiente exponen al recién-nacido á contraerlas, las que pueden conducirle al sepulcro, ó hacer que se crié raquíptico, endeble y frágil; se le da el pecho al niño á toda hora y en todo momento, sin regla ni método de ninguna clase, provocándole con este proceder indigestiones flatulencias é irritaciones del tubo digestivo y sus anexos, que exponen al niño á contraer enfermedades en este aparato, en lugar de darle de mamar á intervalos de tiempo determinados, que den lugar á la completa digestión y absorción de la leche injurgitada, de tal manera que cada vez que el niño introduzca á su estómago nueva cantidad de leche, encuentre dicho órgano en estado de reposo, y por consiguiente listo á funcionar con toda regularidad. En épocas prematuras, cuando aún sus órganos digestivos no están dispuestos ni organizados para poderlos digerir, se administran á los niños alimentos de diversa naturaleza, sin dejarles de dar de mamar, ó destetándolos con demasiada anticipación, y esto con el fútil pretexto de criarlos vigorosos y fuertes unos, con el de que se vayan acostumbando á comer desde temprano otros, y algunos otros con cierta perversión moral,

pues en sus frecuentes libaciones de pulque y demás bebidas alcohólicas dan de beber de ellas á su hijo, venciendo muchas veces la repulsión instintiva que manifiesta; sin querer comprender por más que se les explique, y por más ejemplos que en apoyo de ello se les pongan, pues cierran los oídos á todo insinuación, que la naturaleza sabia y previsora dotó á la leche de la madre con todos los elementos necesarios á la nutrición y desarrollo del nuevo ser, cuya composición se va modificando á medida y en proporción que las necesidades y el crecimiento del niño lo exigen, hasta el momento que éste, dotado con el número suficiente de dientes y de órganos complementarios como las glándulas salivares, está en aptitud de triturar y mover los alimentos que tome, y mezclándolos íntimamente con la saliva, les hace sufrir una preparación suficiente, para que al pasar al estómago é intestinos, puedan ser digeridos y absorbidos con facilidad, y no vayan á hacer el papel de cuerpos extraños, como indefectiblemente tiene que suceder al dárselos prematuramente.

Más adelante cuando el niño se ha acostumbrado á comer toda clase de alimentos, ni se le metodiza ni se le regulariza en la administración de ellos, sino que se le deja en entera libertad, se le tolera y aún se le facilita que á toda hora del día, é indistintamente y fuera de las comidas regulares que hace, ya la fruta, ya los dulces, ya los pasteles, nieve, etc., etc., toda clase de golosinas, que como es natural preveerlo tienen que dañar el estómago y demás órganos de la digestión.

IV. Hasta ahora hemos considerado los factores que ejercen una influencia más ó menos directa en el desarrollo de las enfermedades de los niños, haciendo abstracción de las condiciones especiales de quienes los engendran, suponiéndolos buenos y sanos, cosa muy difícil de ver realizado en la humanidad, á causa de los vicios que le son inherentes, y de las enfermedades que pueden tener.

El alcoholismo inveterado en los padres, ese cancer social que todo el mundo comprende y condena, y que sin embargo, nadie ni los gobiernos ni los individuos, tienen la energía suficiente para extirparlo de las masas sociales, así como el tabaquismo, producen en ellos *degenerescencias*, y como es natural y consecuente, engendren por este hecho niños inválidos, á cuyo factor hay que

añadir que las referidas degenerescencias de los padres, se transmiten por herencia á los hijos, dotándolos con muy poca resistencia para poder luchar con los agentes morbígenos con que pueden encontrarse, cuando no traen al nacer su organismo enfermo. El abuso de los placeres venereos, abstracción hecha de las enfermedades que por sí pueden acarrear, lo que pertenece á otro capítulo, debilita de tal naturaleza el organismo, y destruye á tal grado las energías vitales, que valiéndonos de la frase, que Sardou pone en boca de uno de los personajes de su conocido drama. "Divorcémonos," podemos decir sin temor de errar, que muchas veces, el matrimonio es para ciertos hombres el cuartel de inválidos, en lugar de ser el ara sacrosanta donde se procuren los retoños y renuevos vigorosos de una raza, de lo que resulta que dichos hombres no son capaces entonces de engendrar hijos, y si llegan á realizarlo, lo es en seres débiles, enfermizos, *raquíticos, degenerados físicamente, verdaderas miserias fisiológicas, con exiguas apariencias de vida, destinadas á extinguirse al menor soplo y que no pasarán más allá de la infancia.*

Las enfermedades de los padres influyen sobre la extirpe de dos maneras: por la debilidad en que colocan al individuo, que lo privan de sus energías en la lucha por sostener la vida, y que mal puede engendrar una nueva vida aquel retoño de la suya, quien apenas puede conservar la propia; y por aquellas que fatal é inevitablemente tiene que heredar el hijo, y entre estas ninguna hace estragos en la descendencia, y contribuye con gran contingente á la mortalidad infantil por las dos circunstancias enunciadas, que la sífilis.

Podríamos extendernos tanto sobre las causas enunciadas, que tendríamos abundante material para escribir un volumen sobre *Pediátrica*, con lo que nos saldríamos del cuadro que se nos ha trazado, en la *cuestión propuesta para su resolución por la Academia*; pero su simple enunciación nos basta para abarcar de una rápida ojeada todos los escollos contra los que van á estrecharse innumerables existencias; el inmenso naufragio de vidas en tan corto período de la existencia humana, no debiéndonos asombrar que perezcan tantos niños, sino el que puedan sobrevivir muchos de ellos, dados los múltiples factores que les están acechando para quitarles la vida, desde el preciso momento en que salen del vientre materno,

y aún muchas veces desde antes que esto se verifique.

* * *

Esta situación deplorable es preciso que desaparezca, bastante ha durado ya, y es tiempo de trabajar con fe y energía, con tenacidad y constancia para realizarlo.

El problema no es tan sencillo como parece, es demasiado complejo, y para tener probabilidades de éxito se necesita de la acción particular, unas veces aislada, otras mancomunada según lo indiquen las circunstancias; pues si bien es cierto que el Gobierno está en el deber de dictar leyes y disposiciones que protejan la salubridad pública, teniendo como punto de vista objetivo el acrecentamiento del número de habitantes, no por eso se le debe dejar á él solo la tarea, sino que las corporaciones civiles y religiosas, las asociaciones particulares, y todos los individuos que constituyen la sociedad, deben asumir también la obligación de cooperar en la medida de sus fuerzas, no sólo á obedecer y hacer obedecer las leyes que aquél dicte para proteger la vitalidad infantil, obrando pasivamente, sino también trabajando activamente por medio del ejemplo, los consejos, la persuasión y la educación de los menores que son á su cargo, para la realización de tan importante objeto.

¿De qué sirve que el Gobierno emprenda obras costosas para dotar á las poblaciones con suficiente cantidad de agua potable, y realizar el saneamiento de las ciudades, si los particulares en sus habitaciones se rehusan á introducir el referido líquido, y no llevan á cabo la construcción de obras similares y complementarias que contribuyan á su saneamiento particular?

¿De qué sirve que las autoridades establezcan y fomenten establecimientos de vacuna contra la viruela y otras enfermedades, si los individuos, por una aversión infundada y por prejuicios apoyados en un criterio científico falso ó erróneo, no ocurren á ellos para aprovechar los beneficios inmensos que para sí ó los suyos pueden obtener?

¿De qué sirve que los encargados de velar por el bien público y general, dicten leyes y disposiciones, sobre la manera de construir las habitaciones, sobre las condiciones higiénicas que deben llenar las fábricas, los teatros y centros de reunión, las escuelas, etc., etc., etc., si hay una resistencia y una

tenacidad digna de mejor causa, por parte de los particulares en acatarlas?

A estos incultos, á estos rebeldes, á estos refractarios al mejoramiento individual y social, hay que tutorearlos, hay que coartarles la libertad en beneficio propio y de la comunidad, pese á quien pesare, de la misma manera que quitamos á los niños la fruta verde, el dulce envenenado por las materias colorantes, ó el objeto peligroso en su manejo, que toma á guisa de juguete, aunque lllore y se desespere por él.

Mucho han hecho las autoridades en materia de legislación sanitaria, pero todavía falta mucho por hacer, especialmente en lo que se relaciona con la niñez. Deben llevar á cabo con todo vigor, y aunque lastimen intereses personales, todas aquellas medidas que tiendan á suprimir completamente el alcoholismo; á manejar las condiciones higiénicas de las casas especialmente las destinadas á los proletarios; á establecer la enseñanza obligatoria de un catecismo de higiene, en todas las escuelas; á hacer obligatoria la vacuna; á procurar el aumento de los salarios; á crear plazas de médicos inspectores de la infancia.

Por lo expuesto se ve que la realización de tan deseado objeto, no es obra del momento, ni puede serlo, toda vez que los factores que influyen de una manera más ó menos directa sobre la mortalidad infantil, son múltiples y están arraigados en las masas populares á tal grado, que para desterrarlos hay que variar por completo hábitos inveterados, y costumbres adquiridas y propagadas de largas generaciones atrás, pues no hay nada más difícil de combatir y aniquilar que la rutina; su logro, pues, es la obra de una ó más generaciones, y por consiguiente, no aconsejamos remedios más ó menos aparatosos de rápida ejecución, pero de resultados prácticos dudosos, y sólo proponemos aquellas medidas de tardío alcance pero de éxito cierto, conformándonos tan sólo con que á la presente generación le toque la gloria de haber sembrado las semillas fructificadoras, para que las generaciones que nos sucedan, sabiendo cultivarlas debidamente, cosechen los opimos frutos que á nosotros no nos será dado ver.

Debemos hacer todo lo humanamente posible por proscribir el alcoholismo de nuestras costumbres, y para ello no basta del esfuerzo particular, sea colectivo por medio de las sociedades de temperancia, sea individual por la predicación, el ejemplo y la

educación en la familia, pues la experiencia ha demostrado que no es eficaz, en los lugares donde se ha implantado. Es indispensable la acción enérgica y, si se quiere, hasta arbitraria del Gobierno, prohibiendo en absoluto la venta de bebidas alcohólicas, castigando con penas severísimas á los infractores, y no autorizando sino la venta del alcohol destinado á las diversas aplicaciones de la industria, el que sólo podrá ser artículo de comercio, cuando contenga ó se le añada algún principio empirreumático que lo haga repugnante al olfato y al gusto. Esto traerá como consecuencia la ruina de muchos hacendados, propietarios destiladores ó comerciantes, pero cuando se trata del bien general y del progreso y engrandecimiento de la nación, que perezcan y se sacrifiquen los menos por el beneficio de los más; el Gobierno perderá parte de sus entradas, por las contribuciones que con esta supresión dejará de percibir, pero modificando nuestro actual sistema de recaudación de los impuestos en general, y la inspección que de ella se hace, aumentaría su producción sin causar mayor gravamen al contribuyente, lo que compensaría con creces las cantidades que se dejaran de percibir con la supresión del comercio de bebidas alcohólicas. No hay que cansarse ni que darle vueltas al asunto: mientras nuestras clases proletarias puedan obtener por 25 centavos medio litro de tequila, y seis ú ocho litros de pulque, no se logrará el adelanto moral é intelectual de ellas; el día que, aún cuando sacrifiquen un ojo de la cara, como dice un proloquio vulgar, no puedan obtener ni cinco gramos de alcohol, habremos abierto por completo amplia puerta á nuestro mejoramiento social y económico, y salvaremos á pasos agigantados la distancia que nos separa, y que cada día se agranda más, de la meta de nuestra entidad como nación civilizada. El día que alcancemos tan bello ideal, el día que no existan padres alcohólicos, la mortalidad de los recién nacidos, y en la Ira infancia se verá reducida en un tanto por ciento nada despreciable.

El mejoramiento de las condiciones higiénicas de las casas, es otro de los asuntos que necesitamos esforzarnos en demostrar, pues no son para nadie desconocidas las inmundas, mal ventiladas y peor iluminadas fincas que sirven de alojamiento á nuestras clases trabajadoras, sea aisladas sea aglomeradas en casas de vecindad de extensión más ó menos grande. Por desgracia, ningun-

no de nuestros municipios está en la posibilidad de emprender la colosal y humanitaria obra emprendida en Londres y Liverpool, cuyos municipios han decidido que desaparezcan los barrios excesivamente poblados é insalubres, demoliendo y derribando las habitaciones malsanas y sin condiciones higiénicas, para sustituirlas por fincas con varios departamentos, provistas de todas las necesidades modernas, desde la distribución ó separación de las piezas conforme á los diversos usos á que se les destina, debidamente pintadas, perfectamente ventiladas é iluminadas, hasta el sistema más acabado de drenaje; en cuya obra lleva gastado sólo el municipio de Londres, más de diez millones de pesos, y está dispuesto á gastar mucho más con el mismo fin, preocupado por despojarse de esas llagas municipales. Estas habitaciones modelos se alquilan á precios tan bajos, que hasta los más pobres pueden pagar la renta.

Tampoco tenemos entre nosotros hombres tan inmensamente ricos, como los que existen en nuestra vecina del norte, que poseídos de sentimientos eminentemente altruistas, construyan habitaciones modelos, como lo hizo Mr. Pullman, al construir Pullman City á orillas del lago Columet, al sur de Chicago, en las que sin buscar un interés elevado al dinero invertido en ellas, sino que conformándose con un rédito corto, resultan los alquileres de ellas al alcance de todas las fortunas.

Pero lo que nuestros municipios no pueden hacer, y ya que no abundan entre nosotros el tipo de hombres á que hemos hecho referencia, y que por consiguiente el ideal ambicionado no lo podemos realizar de una ú otra manera, sí creemos, que si todos y cada uno cooperan á la obra, se conseguirá. Organicen nuestros ricos, que los tenemos en bastante cantidad, mejor dicho, las esposas é hijas de ellos, que tienen muy bien desarrollados los sentimientos de filantropía y caridad, y bajo su dirección constituyan sociedades anónimas para la construcción de dichas fincas, buscando un rédito moderado al capital que en ello inviertan, para que resulten baratos los alquileres, y de esta manera darán un empleo loable al dinero que poseen sin exponerse á perder su capital. Estimulen por su parte las autoridades municipales y gubernativas la creación de estas sociedades, y la construcción de estas fincas, eximiendo de toda clase de impuestos á las que reúnan las condiciones debidas,

y concediéndoles cargos y distinciones honoríficas á las personas que lo realicen, y antes de mucho tiempo podremos enorgullecernos de nuestras ciudades. Nuestro proletariado, al verse en posesión de semejantes habitaciones, se acostumbrará pronto á las comodidades que le proporcionan, y modificará, en consecuencia, parte de sus costumbres, sus hijos crecerán y se desarrollarán bien, en un medio social mucho mejor que en el que se encuentran actualmente, en lugar de perecer en las pocilgas en que hoy habitan, por necesidad más bien que por incuria é indolencia.

Razón tiene Herbert Spencer al aseverar que la humanidad se ha preocupado de enseñar á los hombres las diversas ciencias y artes, para hacer profesionales, artistas, industriales y comerciantes; y de impartir á las mujeres una instrucción, algunas veces análoga á la de los hombres, pero en lo general limitada á ciertos ramos del saber humano, ramos más bien de adorno que prácticos y útiles; mas en ambos casos, no se ha preocupado de educar á unos y otras para el fin con que vinieron á esta tierra, para ser padres de familia, y en consecuencia proveerlos de todos los elementos necesarios para que puedan formar, criar y educar hijos sanos, robustos y vigorosos, tanto física como moralmente.

Podemos ampliar este aserto diciendo que no se nos ha enseñado cómo debemos vivir, para evitar todos los peligros y escollos con que tropezamos en nuestra existencia, para ahorrarnos dolores y sufrimientos, y prolongar la vida lo más que sea posible. Si esta falta es necesario subsanarla para cuando el hombre llegue á la edad adulta, es indispensable hacerlo para corregir la deficiencia propia del niño al nacer, y su experiencia en los años que le siguen.

Debe establecerse en todas las escuelas, año tras año, para que se grabe bien en la mente del niño, y pueda cuando adulto hacer una aplicación debida, la enseñanza de la higiene, bajo el punto de vista especial que atañe á la conservación de la vida más directamente, valiéndose no solamente de los textos, sino también por medios objetivos que impresionan mejor la imaginación, ocupándose especialmente de los asuntos siguientes:

Las condiciones generales de higiene que deben reunir las fincas para hacerlas habitables. La clase y naturaleza de los alimen-

tos, sus calidades nutritivas en general, y en particular de cada una de ellas, y la selección que debe hacerse; la reglamentación y distribución de las comidas, en relación con las horas destinadas al trabajo, al reposo y al sueño; las enfermedades que deben sobrevenir, si se aparta el individuo de estas reglas; las ventajas que resultan al niño por medio de amamantamiento verificado por las mismas madres, ventajas y beneficios para éstas y aquél, así como los inconvenientes y peligros que resultan de la alimentación artificial prematura. La calidad y condiciones que debe llenar una agua potable, base de todas las bebidas; sus diferentes medios de contaminación que pueden hacerla dañosa, y la manera de evitar ó corregir esta contaminación; el uso que se debe hacer de las demás bebidas, y los perjuicios y desórdenes, las enfermedades y lesiones que provocan las bebidas alcohólicas. Las telas y tejidos que se deben escoger y preferir para la confección de los vestidos, la manera de confeccionarlos, el número y modo como deben usarse, teniendo en cuenta que deben resguardar de la intemperie al niño, según sus diferentes edades y necesidades, los climas en que pueden habitar y la secuela de las estaciones en dicho lugar; mostrando en todos estos casos las diferentes enfermedades que pueden desarrollarse en seres tan frágiles, por apartarse de los preceptos y saludables consejos de la higiene. Nociones generales desde el punto de vista higiénico, sobre la transmisibilidad de las enfermedades infecto-contagiosas y la manera de evitar su propagación del individuo enfermo al sano, procurando grabar en la imaginación del niño, que en tésis general dichas enfermedades son evitables; llamando su atención sobre los extragos que en las filas de la humanidad causan algunas de ellas, especialmente la viruela, la tuberculosis y la sífilis, enseñándole á la vez la manera tan sencilla de evitar su propagación, demostrándole que dadas las condiciones acabadas de enunciar, es criminal é inhumano tolerar su desarrollo y propagación; deteniéndose larga y extensamente sobre los males próximos, y los de alcance tardío que causa la sífilis, no sólo sobre el individuo, sino también sobre su descendencia; aprovechando la oportunidad para poner de relieve los perjuicios que causan al individuo y á su descendencia, el abuso immoderado y prematuro de los placeres sexuales por sí so-

los, haciendo abstracción de las enfermedades venéreo-sifilíticas que pueden ocasionar.

Esta tarea incumbe á todos los maestros, sean laicos ó religiosos, particulares ó al servicio de los municipios, y también al Gobierno, declarando obligatoria esta enseñanza. Mientras se implanta y desarrolla este plan, puede y debe hacerse la propaganda por la prensa, publicando en ella periódicamente reglas y consejos de higiene, en la forma de cuentos y anécdotas que impresionen la mente de las masas populares; y al decir la prensa, nos referimos no sólo á las publicaciones periódicas, especialmente los diarios políticos, de literatura é información que llegan á todos los hogares, sino también á las hojas volantes que contengan los propios consejos, acompañadas de viñetas é ilustraciones, que llamen la atención de aquellos á cuyas manos lleguen, las que se repartirán con profusión en las fiestas y reuniones populares. Aquí es donde se necesita mancomunar para que se presten mutua y eficaz ayuda: las asociaciones médicas, y los médicos en particular, para que formulen dichos consejos y preceptos higiénicos; los editores y propietarios de periódicos, para que les den cabida en sus publicaciones, sea gratuitamente, sea á precios reducidos; los Gobiernos y municipios, para subvencionar á los periódicos con este objeto, y para erogar los gastos que demanden la publicación de las hojas volantes; los municipios, las asociaciones particulares y religiosas, para repartirlos profusamente en toda clase de reuniones. Con el mismo fin deben fomentarse las conferencias públicas y repetidas periódicamente sobre el mismo tema, dadas por los sacerdotes de todas las religiones, en las diversas manifestaciones de sus respectivos cultos; por los profesores y maestros, y por todas aquellas personas que se interesen por el bienestar común.

Corresponde á los industriales, hacendados, propietarios de fábricas y talleres, implantar y sostener los dos medios de propaganda acabados de enunciar, entre el numeroso personal que cada uno de ellos tiene empleado, así como elevar su nivel intelectual y moral, mejorando sus condiciones físicas de vida, aumentando los salarios que perciben en la actualidad; y como consecuencia del bienestar que con ello les resulta, mejorarán las condiciones en que reciben á sus hijos al venir á este mundo, y las que los rodean después del nacimiento, evitán-

dose así de una manera indirecta múltiples causas de muerte en tan tierna época de la vida de ellos. Las condiciones actuales de las transacciones mercantiles en la República, los réditos más que razonables que se obtienen del dinero invertido en cualquiera de los negocios arriba enunciados, permite este aumento de salarios sin perjuicio ni detrimento para los capitalistas. El Gobierno, por su parte, debe estimularlo, por la disminución en los impuestos y algunas otras prerrogativas y concesiones otorgadas á las personas, que implanten dicho aumento entre los empleados de su dependencia.

La creación de médicos inspectores de la infancia destinados á visitar periódicamente todos los hogares, que de una manera enteramente gratuita para el público, combatan ruda y tenazmente, por medio de consejos, palabras persuasivas, constancia y buenas maneras, poniendo de manifiesto ejemplos adecuados, combatan y destruyan, decimos, en el seno de las familias las preocupaciones vulgares, las consejas empíricas, las tradiciones rutinarias propaladas tal vez por los mismos médicos cuando la ciencia estaba en pañales; é indiquen la manera cómo se han de conducir los padres durante el embarazo, las precauciones que se han de tomar para cuando deba verificarse el alumbramiento, los cuidados que se han de impartir á la madre y al recién nacido; la manera como se ha de alimentar, vestir y cuidar á éste; la época ó edad en que se ha de verificar el destete, y la manera de llevarlo á cabo; las condiciones generales y particulares de higiene que han de observarse, á medida que el niño vaya creciendo y desarrollándose; empezarán á producir buenos resultados mucho antes que las masas populares, por un dilatado constante y laborioso trabajo de educación, puedan con el tiempo llegar á realizarlo por sí solas.

La imposición obligatoria y forzosa de la vacuna, corresponde al Gobierno para lograr la extinción total de la viruela. En los presentes momentos históricos, se nos muestra un ejemplo muy elocuente, de las ventajas que resultan de imponer forzosamente la vacuna. Alemania, que así lo ha hecho, ha logrado hacer desaparecer la viruela de su territorio, al grado de haberse llegado á desconocer. Inglaterra, por una de aquellas perversiones del espíritu humano, que se adivinan pero que no se pueden demostrar, abrió la puerta ampliamente á los antivacunadores, quienes llegaron hasta el Parlamento, logrando obtener la abolición de la vacuna

obligatoria; en vano lucharon los sostenedores de la doctrina Jenneriana por que no les arrebataran su conquista, pero fueron arrollados y apenas lograron que sin ser obligatoria, fuera voluntaria; los resultados no se hicieron esperar, asoladoras epidemias han causado numerosas muertes y producido múltiples ciegos. Francia pugna todavía por que se haga obligatoria dicha práctica, y como aún no lo logra, la viruela merma á su población. ¿Por qué no imitar el ejemplo de Alemania en toda la extensión de nuestro territorio?

* * *

Creemos haber terminado nuestra tarea; comprendemos que tan solo hemos bosquejado los remedios que se deben adoptar para disminuir lo más que se pueda la mortalidad infantil; pero preferimos pasar por breves y lacónicos, á entrar en detalles de higiene infantil que consideramos fuera de nuestro cuadro, en un trabajo de la índole del presente estudio, y que cansaríamos la atención de las ilustradas personas llamadas á dictaminar sobre él, sin que les enseñáramos nada nuevo, con tanta mayor razón cuanto que este trabajo no está destinado al público en general, para quien es necesario hacer varios trabajos sobre los diferentes temas enunciados, en lenguaje sencillo, vulgar, conciso y al alcance de todas las inteligencias; y por último, anhelamos que nuestra semilla que hoy arrojamos al surco de la prosperidad nacional, resulte de buena cepa, y produzca los ópimos frutos que en nuestras bellas ilusiones nos hemos forjado de tiempo atrás, realizando el bello ideal de ser útil á nuestro semejantes.

Veracruz, septiembre de 1902.

Manuel S. Iglesias.